

mosaron, le aburrieron con chanzas irónicas, con equívocos, se retiró avergonzado: no se ha atrevido á presentarse— ¡Qué estilo tan pesado! Reprehendeis á los demas, reprehenderos á vos mismo. Encerrad en dos palabras un concepto, y pintar á un hombre en una... Hablad por epigrafas. Variar á cada instante-- La Feria encanta-- El verano me mata-- Las noches son excelentes-- La Plazuela de la Cebada es un cúmulo de diversiones-- Es la cosa mas agradable-- Gritos de una parte: cumplimientos de la otra, alegría, alboroto en todas: objetos nuevos: muebles extravagantes: confusion agradable, chiste, gracejo, chanza. ¡Qué placer! ¡Qué delicia!... La Comedia me fastidia. La Opera me encanta, el bayle me arrebat... Pero dexemos esto: pensemos en nuestro desayuno.

Filis hizo una señal: al instante los cristales se desaparecen, nuevos objetos se presentan á la vista sin moverse de su sitio, se hallan en una sala ancha, magnífica, despejada: las mismas

mas paredes de cristales , diversos y aun mas primorosos adornos , estatuas , pinturas , baxos relieves de un lado y otro : todos los primores de las artes reunidos. Los cristales representan á un lado jardines deliciosos , á otros fuentes cascadas , piramides , obeliscos.

En medio se elevan mesas cubiertas de toda suerte de manjares , frutas , dulces , vinos , quanto la tierra produce de mas agradable al paladar. Los Deseres (a) ofrecen caprichosas invenciones ; Teatros magníficos , Palacios primorosos , bayles de máscara , ruinas de edificios antiguos , prespectivas chinescas , paisages deliciosos. Una numerosa y escogida compañía los aguardaba.

Carlos y Leandro quedaron abortos y sorprendidos. ¡Qué maravilla! decia el uno , ¡qué poder mágico! decia el otro.

Eli-

(a) Podria decir ramillete : seria un término mas español ; pero ménos de moda : no me atrevo á contravenir á ella.

Elisa añadió con un tono afectado, se conoce que tu marido ha viajado, que ha estado en Londres centro del gusto, de los placeres, estas ideas solo se pueden adquirir en países extranjeros. Aguardabamos un almuerzo, dixo Leandro, y nos dais un banquete. Esto es á la Inglesa, dixo Elisa, en Inglaterra se usan mucho los grandes almuerzos.

Por esta razon no me detengo en hacer la pintura del almuerzo, basta decir que fue abundante, delicado, exquisito, bien servido. Que se hicieron varias conversaciones todas alegres y divertidas, se alabó el gusto del Cocinero, y el primor del Repostero; las viandas, los vinos, las frutas que producen los diferentes países; en lo que cada uno de los convidados demostró una instruccion profunda.

CAPITULO XXX.

El bayle y la música.

La era medio dia , y aun estaban en la mesa. El Maestro de música de Filis llegó á este tiempo. Era un jóven de mediano mérito en su figura, mucha viveza , mucha afectacion , mucha moneda ; se le mandó entrar , fue recibido con júbilo. Le ofrecieron un asiento , comió algunos dulcecillos, cantó una cabatina nueva , tocó alguna cosa alegre en el Forte-Piano , criticó todos los Actores de la Opera , las piezas representadas , la Música , los Autores , los Executores ; tambien murmuró algo , todo en dos minutos.

Iba á marcharse : la Condesa de.... me aguarda , el Baron de.... está á la puerta con su berlina , no puedo detenerme , estoy muy ocupado , no tengo un instante mio. Las damas le rogaron , le porfiaron. Leandro quiere ser tu discípulo , le dixo Elisa es

necesario que toques para que forme idea.

Leandro era bizarro, pagaria bien sus lecciones, se detuvo, tocó primores, agotó su saber.

El Maestro de bayle siguió al de música, la misma superficialidad, la misma ligereza, el mismo mérito. Saludó saltando, y haciendo pasos de bayle, recorrió la sala, se miró en los cristales, habló y se dispuso á marchar, pero le detuvo la misma causa que al otro.

Los dos se llenaron de emulacion, y procuraron brillar á porfia. Deseaban hacerse estimar de Leandro, Elisa y Filis los aplaudian, los alababan, los consultaban á cada instante; era un continuo cambio de puerilidades, de niñerías: el uno hacia brillar las manos, el otro los pies; mientras el uno executaba con ligereza cabriolas, pasos dificiles, ensayaba contradanzas nuevas, el otro se envanecia de la velocidad de sus dedos, de su facilidad, de su delicadeza y suavidad.

Cantaba las coplas mas nuevas, las tocatas de Opera mas aplaudidas, aunque no las mas buenas.

El bayle, la música, el juego, hicieron del dia un ligero instante; los placeres hacen volar el tiempo, reducen las horas á minutos quasi imperceptibles. Les parecia que estaban al principio de la mañana, y ya eran las quatro de la tarde. Todos se retiraron, los Maestros hicieron mil saltos, mil contorciones respetuosas á Leandro, se elogiaron el uno al otro los talentos que no tenian, y salieron veloces á repetir la misma escena en muchos otros parages.

Filis pasó á su tocador, donde ya la aguardaba rato habia el Peluquero, para disponerse para ir á la Opera, donde debian volver á juntarse. Elisa, Leandro y Carlos, se retiraron igualmente á vestirse y á peinarse.

La Opera.

Leandro está ya en su tocador, no nos detengamos con él, demos por pasado el tiempo, supongamosle ya con un peynado, un vestido, todo diferente del de la mañana, y aun mas brillante y primoroso.

Iremos á la Feria á juntarnos con Elisa y Filis, dixo Carlos. — No, quiero estar solo, correr todas las calles, las plazas, las plazuelas, ir á los teatros, pasar un instante por la Feria, y luego ir á la Opera; estaremos un rato en el palco de Filis.

Asi lo hizo; paseó por las calles y plazuelas de mas concurso acompañado de Carlos, aquí se detenia á ver un libro, allí se paraba delante de un espejo, mas allá ajustaba una alhaja que le habia gustado, y en otra parte se reía con algunos amigos de los ridículos muebles, ropas, y trastos que estaban de venta.

Pasó por el teatro, entró en él, subió al palco de Honorina, se detuvo un instante, habia muchas Señoras, dixo algunas chanzas que hicieron soltar algunas carcajadas, y llamaron la atencion del patio. Hizo juicio de los Autores, criticó á algunos, alabó á otros. Habló tambien de la pieza. Hizo veinte cortesias. Miró á todas partes con su antejo. Escuchó un poco de la tonadilla, y se marchó disgustado.

Ya era de noche, entró corriendo y como atolondrado en la Feria, dió tres ó quatro vueltas, vió á Filis y Elisa, que paseaban en cuerpo, hizo el distraido, y pasó á otro lado por no hablarlas; se detuvo un instante con algunos amigos, sacó el relox; ya era tarde.

La Opera estaba comenzada, mejor: es el instante mas propio para atravesar la galeria, llamar, y fixar la atencion. Asi sucedió: Leandro entró en medio del recitado; no es moda escuchar entonces: la atencion se guarda pa-

para una ó otra de las arias , lo demas del tiempo se pasa en conversacion , en mirarse los unos á los otros , en reconocer el brillante espectáculo que forman las galerias , los palcos , las lunetas , cubiertos de los mas lucidos personajes.

Se sentó en la galaria , sacó el antejo , hizo una multitud de cortesias , miró al teatro , habló de algunos actores , se detuvo un instante muy corto , á poco rato pasó al aposento de Filis , alabó su vestido , el primor de su peynado. Le dieron quejas por su distraccion , se escusó graciosamente , hizo reir , sacó algunos dulcecillos : enseñó un punito de agua de rosas , echó olor en los pañuelos , alabaron su gusto , y le pidieron el nombre de su mercader de perfumes.

Adeia y Aurelia , que estaban al otro lado del teatro , le llamaban con los abanicos , y le hacian señas ; se aprovechó de un instante de distraccion ; se escabulló velozmente. Aurelia queria ver su chaleco , que se lo habian alabado mucho. Le gustó : se for-

formaron algunas conversaciones sobre el mérito de los Actores ; dos célebres Actoras dividian los votos , y formaban dos diversos partidos. Los unos aplaudian el juego de teatro , la expresion , el talento , la execucion, el gusto de la una ; citaban pasages en que habia arrancado las lágrimas de los expectadores , en que arrebatada por su antusiasmo habia salido de los límites de la nota musical , y sobrepujado al mismo compositor , executando primores que él no habia imaginado.

Los otros elogiaban á lo sumo la delicada voz , la soberbia execucion de la otra , que reunia en sí todas las gracias , todas las bellezas del canto ; su voz , decian , arrebatada , suspende , eleva , enagena , es un cantar mas que humano , se diria que asi como Orpheo con la Lira , ella con su voz hace sensibles á las piedras , y á los entes inanimados , si no se supiera que todas estas son ficciones del espíritu arrebatado de admiracion.

Lean-

Leandro era el único tal vez que no tenia partido alguno, ó por mejor decir que era de los dos, estimaba el mérito de ambas Actoras, y admiraba sus bellas qualidades. La voz de la una, su melodioso canto le arrebatava, la expresion teatral de la otra producía en él todos los sentimientos, todas las pasiones que queria excitar. Los dos son inimitables, son superiores, son únicas. Reunen todas las buenas qualidades, sobresalen en algunas, en las demas son excelentes. Nadie iguala á la una en la voz, en el primor de su canto, pocas la aventajan en la execucion en las demas partes de la representacion teatral; su mérito sobresaliente no debe destruir los demas, si su melodioso canto no la hiciese una Actora superior, sublime, única, las demas qualidades la harian excelente, y siempre ocuparia un lugar distinguido. Decia lo mismo de la segunda.

La Opera de aquel dia era una de las mas célebres, y en la que brillaba mas el mérito de la segunda Actora.

Iba

Iba á cantar un Aria , se suspendió la disputa acerca de su mérito , en ella se superó á sí misma. Jamas se habia oido una voz tan dulce , tan suave , tan melodiosa ; llamó la atencion de los expectadores. Un silencio profundo reynaba en todo el auditorio , arrebataba , elevaba , suspendia , el entusiasmo se apoderaba de todos ; sus mismos enemigos no pudieron resistir á tanto primor , fueron los primeros en elogiarla , en aplaudirla , en alabarla. El ruido pesado é importuno de las palmadas interrumpia á cada instante el canto , y disipaba la ilusion. El silencio , ciertas miradas de admiracion , de entusiasmo , una ligera y poco estrepitosa palmada de algunos , era un elogio , un aplauso mas estimable , que la griteria y el alboroto de la multitud.

CAPITULO XXXII.

Conversacion.

No me hables de Filis , ni de Elisa , su carácter superficial , sus monadas me fastidian , solo son buenas para un instante , al segundo enfadan.

Los placeres que he disfrutado hasta ahora me desazonan. Los hombres me se figuran á veces superficiales , las mugeres coquetas ; lo que llamamos finura , gracia , cortesía , política , me parece desatencion y mala crianza , cubierta con una multitud de palabras aparentes.

Hoy no salgo de casa ; nada me gusta. La Feria me parece solo una gritería ; las tertulias una confusion ; el juego una pesadez ; la Opera un ruido importuno ; la Comedia una extravagancia , ó con confuso monton de disparates. ¿Qué haré? Asi hablaba Leandro á Carlos , y en sus palabras

bras demostraba estar poseído de un mal humor, que imitando á los Ingleses llamamos *Splinn*. Es moda entre muchos petimetres, tener ó fingir que tienen este mal humor; dan este nombre á la mas ligera desazon que les incomoda.

En Leandro no era moda, era realidad. Los genios demasiado sensibles á la alegría, lo son igualmente á la tristeza. Los mas alegres son igualmente los mas tristes. Las circunstancias deciden de lo primero, ó de lo segundo: ¿son felices, son poderosos, sus gustos, sus caprichos estan satisfechos, gozan toda suerte de placeres? entonces son la alegría misma, el júbilo, el contento, el regocijo. Por el contrario, sufren, padecen, experimentan trabajos, aflicciones, desgracias, la mas profunda tristeza se apodera de su corazon; contraen un espíritu, un humor triste, misantropo, un carácter sombrío y taciturno.

Tal era Leandro, extremado en la alegría, extremado en la tristeza, igualmente-

mente sensible á los placeres que á las aflicciones.

Carlos comprendió al instante la causa de la tristeza de su amigo : no es difícil de adivinar ; el amor produce algunas veces la alegría , el contento ; las mas , la tristeza , la inquietud. La vista de Celia causaba en él la mas excesiva alegría ; su ausencia la tristeza mas profunda. La compañía de Filis y de Elisa , los placeres que sin interrupcion alguna se habian sucedido unos á otros , habian tenido su pasion como suspensa. Se desapareció la ilusion , cesó el encanto , y el amor renació con mas fuerza.

Quería que la idea de Celia ocupase siempre su imaginacion , que su imagen fuese la única que quedase grabada en su corazon. Estas ideas solo podian alimentarse , crecer , fortificarse en la soledad. La sociedad , la compañía de cierto género de gentes , los placeres , debian necesariamente debilitarlas , por esto amaba la soledad , y aborrecia la compañía.

Carlos quiso valerse de su ascendiente, forzarle á salir, á buscar medios que disipasen su humor taciturno, fue inutil, le desobedeció por la primera vez.

Quedó solo en su Gabinete, entregado á una dulce melancolía, abandonado á sus propias ideas, agitado por las pasiones mas contrarias. Traia á la memoria las palabras que Celia le habia hablado, sus miradas, sus acciones, todos sus movimientos. Le parecia que la veia aun, que la hablaba, que la pintaba su pasion. La imaginacion formaba ilusiones que parecian realidades. Tal es su fuerza. Tal es su poder.

Contemplaba su hermosura, su gracia, todas sus bellas qualidades, las alababa, las ponderaba con términos que demostraban lo ardiente de su pasion. Se imaginaba una multitud de situaciones deliciosas, de sucesos, de incidentes, de circunstancias acomodadas á sus deseos, y á sus ideas. La ilusion se disipaba, se desvanecia
la

la imagen de Celia. Leandro veía que su imaginacion le engañaba.

No puedo vivir sin Celia, se decía á sí mismo, en ella consiste mi dicha, mi felicidad. Para mí su ausencia es la muerte, su presencia la vida. Su hermosura, su gracia me encanta, me enagena; su virtud me admira, me suspende. No la he visto mas que una vez, y una vez sola me basta para conocer su carácter. Las señales que le demuestran no son equívocas, se ofrecen claramente á todos. Su virtud se da á conocer á primera vista; del mismo modo que de una sola mirada se percibe la maldad de otros. Los placeres, la dañosa, la perjudicial compañía de Filis, de Elisa me han producido un gozo superficial, y me han privado de una dicha verdadera; he estado un dia sin ver á Celia.

Me acuerdo que me citó casa de Dorisa, tal vez tendré la fortuna de hallarla allí, sino no tardaré en verla. Me echaré á sus pies, la haré conocer la fuerza, la violencia de mi pasión,

el

el estado lastimoso á que su ausencia me reduce. Es sensible, me ama, sus ojos me lo han dicho : nada me negará de quanto no sea contrario á la virtud. ¿Y seria yo tan bárbaro, tan malvado, que no respetase su mas bella qualidad, que la da un mérito superior? mis pretensiones serán siempre conformes á la virtud, dirigidas á ella.

CAPITULO XXXIII.

La muger de juicio.

Quál será pues la muger de juicio, de entendimiento, de prudencia?... en esta novela Dorisa, en el mundo muchas que se la parecen, y que suelen estar ocultas, porque el vicio es orgulloso, y la virtud modesta y retirada.

Solo ellas pueden formar una idea cierta y segura del carácter de una persona. Han estudiado el corazon humano, y saben descubrir sus mas ocultos

tos dobleces, observan el interior, comparan, exâminan, analizan; sus juicios son ciertos.

Al contrario las coquetas, las mugeres locas, superficiales, juzgan por capricho, y no por razon, se equivocan siempre, miran á la apariencia, segun ella deciden. Para este género de mugeres, el hombre mas petimetre, mas atolondrado, mas calavera, suele ser el mas apreciable.

Celia no estaba en casa de Dorisa quando Leandro llegó, los dos tuvieron una larga conversacion. Dorisa ya tenia los informes mas ciertos y seguros de él, sabia toda su vida, su primera educacion, su amistad con Carlos, el carácter de éste, su conducta en la Ciudad, sus aventuras en la Corte, estos hechos eran muy utiles para hacer un juicio cierto. Los comparó con sus propias observaciones, procuró estudiar el corazon de Leandro, y le fué fácil: su sencillez, su ingenuidad le abrian le manifestaban á todo el que queria exâminarle,

le, no se contentó con una conversacion sola, tuvo muchas, y sobre diversas materias, aguardó á que el tiempo confirmase, consolidase, aclarase sus observaciones, entonces decidió, y decidió con tino y con acierto.

Celia oía el juicio que su amiga habia formado de Leandro, como la sentencia de su felicidad, ó de su desgracia. Estaba segura de que no la engañaria.

Leandro, la dixo, te conviene, es la persona mas digna de tu amor, es el esposo mejor que puedes escoger, tiene las mas bellas qualidades, las mejores disposiciones; por bueno que sea el juicio que hayas formado de él, el que desees formar, aun no tendrás la idea verdadera del carácter de Leandro, es superior á todo eso. Pero me han dicho, respondió Celia, que es un libertino, abandonado á toda suerte de placeres, entregado al luxo y al juego, que ha disipado gran parte de su caudal, y que pronto quedará enteramente arruinado; me han hablado

de varias aventuras algo escandalosas... Es verdad, ha sido, es aun algo libertino: no tanto como te han dicho, hay bastante exâgeracion. Sus disposiciones son excelentes, su primera educacion fué buena, tuvo la desgracia de perder á su padre, demasiado temprano. Un falso amigo le ha corrompido, le ha conducido al libertinage; no obstante, no se han apagado en su corazon las semillas de virtud, aun exîsten: es facil hacerlas revivir, te ama, su pasion es excesiva. Basta que tú quieras que sea virtuoso, lo será al instante: el deseo de agradarte lo hará mudar de vida: seguirá tu exemplo, observará tus consejos como si fueran preceptos, no se separará de ellos. -- Dentro de poco verás en él una reforma la mas admirable. -- ¿Pero y su amigo? -- no temas, tienes mucho ascendiente en su corazon, admira tu virtud, y la imitará quando vea que es el único medio de agradarte, entonces es facil advierta las malas costumbres, el liberti-

tinage de su amigo : tal vez podremos hacerle conocer su falsedad , sus engaños , los medios que ha empleado y emplea para perderle. -- Tú apruebas, pues, mi pasion, tú la autorizas, debo amar á Leandro : seré feliz? -- Sí lo serás , porque él será virtuoso : los sucesos corresponderán á mis esperanzas, son bien fundadas.

Qué alegría , qué contento para Celia , temía que su pasion causase su desgracia , y ve en ella su felicidad: puede amar á Leandro sin recelo alguno : una amiga verdadera se lo aconseja.

CAPITULO XXXIV.

La virtud triunfa.

Celia es virtuosa , está llena de mérito , de gracia , de talento : no os engañais en la idea que habeis formado, merece vuestro amor, es digna del titulo de vuestra esposa , sereis feliz con ella.

Pero yo quiero que vuestra elec-

cion no sea precipitada, que no os de-
xeis arrebatat de la pasion; que con-
sulteis á la razon; que no sigais cie-
gamente, ni vuestra inclinacion, ni mi
dictamen, es facil el que os engañeis.

Consultad la razon que nunca en-
gaña: tomaros tiempo, miradlo con
reflexion y madurez; la eleccion de
estado es la cosa mas delicada; de ella
depende la felicidad ó la desgracia de
toda nuestra vida; no solo la nuestra,
si tambien la de una inmensa descen-
dencia.

Tratad á Celia, habladla, experi-
mentadla, observad, escudriñad su
corazon, procurad conocerla á fondo.
Disipad por algun tiempo las ilusio-
nes de la pasion. Y no os resolvais has-
ta que hayais formado á fuerza de
tiempo y experiencia un juicio cierto
y seguro de ella.

Informaos tambien de su estado,
de sus circunstancias, de su clase, de
su nacimiento: es igual á el vuestro; su
familia muy noble y distinguida; su
padre honrado, pero pobre. No tiene
ma-

madre, la perdió siendo aun de corta edad. Su padre ha procurado darla la mejor educacion. Celia se ha aprovechado de ella. Tiene todas las habilidades que corresponden á su sexô. No es literata, ni pretende serlo, pero tiene alguna instruccion en las ciencias, lo suficiente para hacer su conversacion florida y agradable. Es económica, prudente, juiciosa, aplicada, amante del trabajo, exâcta en el cumplimiento de sus deberes, de sus obligaciones.

Pero yo quiero que estas bellas qualidades las conozcais por vos mismo, y que una reiterada experiencia os persuada, os convenza de ella.

Asi hablaba Dorisa á Leandro, tales eran los consejos que esta muger prudente le daba.

Leandro no hubiera querido retardar su felicidad; pero conoció que debia hacerlo para asegurarla mas; siguió los consejos de Dorisa, empleó bastante tiempo en observar el genio, el carácter de Celia, se informó de su

estado, de su clase, sus experiencias correspondieron con la pintura que Dorisa le habia hecho, satisficieron, contentaron sus deseos.

Cada conversacion con Celia, cada experiencia, cada observacion le hacia descubrir nuevas virtudes, nuevas gracias en ella; su gozo, su contento se aūmentaba á medida que conocia mas y mas su carácter. Crecia su pasion, se felicitaba, se aplaudia de la feliz casualidad que le habia hecho hallar aquel tesoro tan precioso; pues en efecto, lo es una muger virtuosa.

Celia procuraba formar el corazon de Leandro, apartarle del vicio, inclinarle á la virtud; su exemplo era para él el mayor estímulo, oía sus consejos, y los seguia con la docilidad de un niño, con el gusto, con el contento de un amante.

Celia experimentaba el mayor placer, el mayor contento en ver como los efectos correspondian con sus ideas. El pronóstico de Dorisa salia cierto. Leandro caminaba á largos pasos ácia el

el templo de las virtudes; sus conversaciones respiraban el sentimiento tierno y delicioso de la virtud, se hablaban con libertad, con ingenuidad, no se ocultaban nada, se descubrian libremente su corazon; porque era puro y recto: solo el malvado sabe los rodeos del embuste, de la astucia, y del engaño: el virtuoso se descubre porque de nada teme; el vicioso se esconde, se oculta baxo la máscara de la hipocresia, porque el vicio es disforme, es aborrecible, y debe temer el ser descubierto.

Celia no ocultaba á Leandro que le amaba, porque le veia digno de su amor. Los dos se decian mutuamente: no es tu figura, tus gracias, tu hermosura la causa de mi excesiva passion, es solo la sensibilidad de tu corazon, la sencillez de tu carácter, la bondad de tu génio, la virtud de tu alma, la pureza, la rectitud de tus intenciones; amo la virtud desde que te conozco, decia Leandro, porque tú pareces la virtud misma: porque
no

no te se puede amar sin amarla. Si yo me separase del camino que conduce á ella, tu memoria sola me volveria á él; te debo mi felicidad, te debo mi dicha, te debo todo mi bien.

Era consiguiente á esto la reforma en las costumbres, en la conducta de Leandro, dexó sus antiguas amistades compuestas todas de gentes viciosas y corrompidas. Se separó de Filis y de Elisa. No freqüentó mas las casas de juego: huyó de las concurrencias, de las juntas dañosas y perjudiciales á que antes asistia, reformó su excesivo luxo, sin faltar por esto á la decencia de su clase, ni rebaxar en nada el esplendor que hasta entonces habia tenido.

Miró su antiguo estado, y se horrorizó, analizó sus placeres pasados, y vió que eran bien amargos, advirtió que lo que antes creia felicidad, era solo una ilusion, una fantasma. Conoció los peligros á que habia estado expuesto, los males, los daños tan funestos que le habia acarreado su vida pasada.

Las gentes del Gran-Mundo , los petimetres , las coquetas , las personas superficiales , y atolondradas , se reía , se mostraban de la conducta de Leandro , ridiculizaban su amor con Celia , y lo notaban de extravagancia , de originalidad.

Elisa picada de su desayre , extendia sátiras amargas y crueles contra Celia y su virtud. Los ribales de Leandro forjaban mil cuentos insípidos , que solo su malignidad podia sostener algun tiempo , se aplaudian de que su primer juicio habia sido cierto , y decian que su hombre era un verdadero salvaje , que solo habia podido brillar un instante por sus riquezas. Carlos entraba á la parte en todas las sátiras y cuentos contrarios á la reputacion de Leandro y Celia. Pero delante de él guardaba el mayor disimulo. Viendo que no podia oponerse á su conducta , fingió aprobarla y aplaudirla , y procuraba conformarse á ella aparentemente.

Leandro no habia pensado que

Car-

Carlos fuese la causa de su libertinage. Tal era la buena opinion que tenia formada de él , ó por mejor decir , tal era la bondad de su carácter ; al contrario, se imaginaba que las riquezas, la ociosidad y la juventud, habian sido la causa de la corrupcion de los dos.

CAPITULO XXXV.

¿Se ocultará la maldad?

No siempre..... al contrario, es muy frecuente el que se descubra, es muy comun que reciba el digno castigo; engaña, triunfa por un instante, pero tarde ó temprano se descubren sus ardides y su astucia. La virtud sola, triunfa al último aunque sea perseguida y abatida, y recibe por fin el premio merecido.

Carlos á fuerza de astucias y ardides, habia dominado á Leandro, su maldad se habia ocultado baxo el velo de la amistad; le habia corrompido, conducido al libertinage, á la di-

disolucion. Llegaba ya el instante en que todo debia descubrirse, porque Leandro amaba la virtud, y el vicio no podia hermanarse con ella.

El mismo Carlos apresuró su ruina, viendo que ya habia perdido el ascendiente que tenia sobre el corazon de Leandro, que los esfuerzos de Elisa eran inutiles, pensó valerse de Dorisa para que engañase á Celia, y entre las dos seduxesen á Leandro. El primer proyecto que Carlos formó para trastornar la virtud de su amigo, era malvado, éste era iniquo y disparatado. Bien es verdad que Carlos no conocia la virtud de Dorisa y de Celia, y se persuadió que el dinero podria alucinarlas.

Pidió á Dorisa una conversacion particular, y la obtuvo: Dorisa sospechó alguna cosa. Le señaló hora, y estuvo puntual á ella.

La propuso su proyecto, la hizo ver las ventajas, la ofreció quanto podia lisonjearla.

Dorisa no se admiró de aquella mal-

maldad , le creía capaz de ella... ¿Me suponeis , le dixo , tan malvada como vos? Os engañais , vuestras promesas no me trastornan. Mi suerte es mediana , estoy contenta con ella. No apetezco las riquezas , las miro como dañosas , como perjudiciales. El placer de la amistad es mi superior á todos los que pueden producir las riquezas. Leandro y Celia son muy amigos , y si vos habeis sido capaz de engañar al uno , yo miraria como el delito mas atroz el engañar á los dos. Sí , soys un falso , un pérfido amigo : sé toda vuestra conducta , es la mas malvada , la mas abominable : habeis corrompido un jóven naturalmente virtuoso : le habeis conducido al libertinage , y á la disolucion : os habeis valido de los medios mas viles para dominarle , para sujetarle , para mantenerle en la especie de dependencia en que lo teniais , y que tan útil os era : sé vuestros manejos , vuestras intrigas , con la astuta y mañosa Elisa : sé los medios de que os habeis vali-

lido para robarle sus riquezas, y apresurar su ruina.

A este tiempo entró Leandro, su rostro hasta entonces dulce y cariñoso, se volvió de repente espantoso y fiero. La perfidia de su amigo le habia herido hasta lo mas profundo de su corazon. Le parecia su delito el mas atroz, digno del mas cruel castigo.

Carlos no pudo sostener sus miradas. Quedó tan sorprendido qual si hubiera visto caer un rayo abrasador, su delito le embargaba la voz, no sabia qué decir. ¡Qué temblor! ¡qué confusion! El hombre virtuoso no padece jamas semejantes tormentos, están reservados para castigo de los malvados.

Huye, huye, vil amigo, le dixo Leandro con una cólera que en vano se esforzaba en contener: escondete en lo mas profundo de la tierra, evita la vista del hombre á quien has injuriado tan pérfidamente. Has abusado de mi sencillez, te has valido del sagrado velo de la amistad para engañarme, para per-

perderme ; tu delito exìgia todo el rigor de mi cólera : pérfido, eres indigno de vivir entre los hombres.

La cólera dominaba ya á Leandro la presencia de Carlos le irritaba, le enfurecia de tal modo, que apenas podia contenerse, la venganza ardia en su corazon.

Iba á tirarse á él y hacerle expiar con la muerte todos sus delitos. Celia entró al instante; su rostro cándido é inocente, semejante al iris que calma y sosiega la tempestad, apagó todo el furor de Leandro.

La venganza, dixo esta virtuosa criatura, es indigna de una alma grande : los remordimientos que devorarán siempre á Carlos, serán un castigo mas cruel de sus delitos, que la misma muerte. Que vea nuestra dicha, nuestra felicidad, y este será para él un tormento insufrible. Que conozca que sus astucias, sus perfidias se han vuelto contra él mismo.

Dorisa hizo seña á Carlos que se aprovechase de la calma de Leandro

y huyese. Pero dónde iría que no le persiguiesen sus propios delitos. Fue infeliz, fue desgraciado desde aquel instante, aborrecido de todos los que le conocían, odiado de todas las personas honradas.

CAPITULO XXXVI.

La Esposa á mi gusto.

Cómo Leandro y Celia se habían hallado á la conversacion de Carlos y Dorisa?... Por disposicion de ésta sospechó las ideas del falso amigo, y pidió á los dos amantes separadamente el que permaneciesen ocultos cada uno en una habitacion cercana. Quería presentar de este modo á Leandro una prueba clara y convincente de la perfidia, de la falsedad del que se llamaba su Amigo, hacerle conocer por menor sus maldades, sus astucias y sus engaños, separarle de una compañía tan dañosa, tan perjudicial, y vencer el único obstáculo que podia

opo-

oponerse á su virtud , y á su felicidad.

Este desengaño fue bien fatal, sin embargo, al sensible, al bien intencionado Leandro, cayó en una melancolía profunda, considerando la falsedad, la maldad del corazón humano, los males á que habia estado expuesto, los peligros de que acababa de liberarse.

Si no hubiera sido por Celia y Dorisa este suceso le hubiera acarreado tal vez la mas funesta desgracia. Para un corazón sensible, la traicion, la maldad de uno á quien creía su amigo, en quien habia depositado toda su estimacion, toda su confianza, era un golpe de muerte.

Celia disipó su humor melancólico, é hizo renacer la alegría y la tranquilidad. En lugar de entristecerme de este suceso, decía Leandro, debo alegrarme de él, me ha hecho descubrir la perfidia de un málvado, me ha libertado de un falso amigo, y he ganado la amistad de dos corazones solidamente virtuosos.

Nuevo motivo de agradecimiento,
de

de estimacion. Celia es la autora de toda mi felicidad, ¡quánto no ha contribuido á ella, la prudente, la juiciosa Dorisa! Me han libertado de los peligros que me amenazaban, me han hecho conocer la virtud. ¡Qué debo aguardar! escogamos una esposa á mi gusto, ¿quién puede ser sino Celia? ¿qué otra merecerá su amistad y la mia que Dorisa? ningun obstáculo puede oponerse ya á mi dicha.

Habló á Dorisa. Es ya tiempo, la dixo, conozco bien el carácter de Celia. Estoy seguro de sus bellas qualidades: estoy cierto de que seré feliz con su mano. Dorisa se ofreció á hablar á su padre, hizo la mejor pintura del carácter, de las circunstancias de Leandro, que podria desearse: no añadió nada.

El buen anciano lloraba de gozo, de regocijo, buscó á Leandro. Vos hacéis feliz á mi hija, y llenais mis últimos dias de un verdadero regocijo: no podia proseguir, no podia hablar, se va á echar á los pies de Leandro, es-

te quiere besar los suyos: sus brazos baxan á detenerle, se quedan enredados en ellos, se aprietan, se unen. Sus lágrimas se mezclan, sus palabras se confunden. ¡Qué sentimientos tan dulces! ¡Qué placer tan inexplicable! porque así como los sentidos no parecen bastar para sentirlo, así las palabras son débiles para expresarlo.

Leandro creía ver en el padre de Celia á su propio padre; le amaba tanto como á él. Este le miraba como á su hijo, y le demostraba un cariño sin igual.

Huyamos, dixo Leandro, del tumulto de la corrupcion de la Corte; dexemos las grandes poblaciones á los ambiciosos, á los amantes del luxo y de los placeres, busquemos en el campo, en las aldeas la virtud, la sencillez, la inocencia, allí está la felicidad, allí se disfruta de la naturaleza y de sus ricos dones, allí nos ofrece los placeres que niega al ciudadano, y al inquieto habitante de la Corte.

A todos pareció bien la propuesta
de

de Leandro, convinieron en que se verificarían las bodas en su pueblo. Los sencillos aldeanos se llenaron de regocijo al ver á su señor, su ayo le salió á recibir, ¡ cuántas veces habia llorado sus extravíos!

Leandro conduxo á Celia á los pies del altar, para ratificar solemnemente el juramento que su corazon habia hecho desde el primer instante que la vió, le acompañaban su padre, Dorisa, y sus parientes, le seguian sus vasallos. El gozo, la alegría, brillaba en el rostro de todos.

Unos lazos formados, no por el interés, sí por la virtud, no podia menos de conducir á la felicidad; todos hicieron tan próspero anuncio.

El gasto de las bodas fue grande. En la Corte no hubiera sido mayor, aún haciéndolas con todo lucimiento. Pero este gasto tan considerable, mereció los elogios de todos los hombres de juicio, de todas las personas honradas, el otro solo hubiera sido aplaudido por quatro locos.

En la Corte hubiera reynado el lujo: todo hubiera sido brillantez, esplendor, apariencia. Aquí reyno la beneficencia, la sencillez, la realidad. El dinero que en la Corte se hubiera consumido en ricas y exquisitas ropas, se empleó aqui en vestir á un gran número de infelices desdichados. Celia tenia un vestido sencillo que hacia brillar mas su hermosura.

En lugar de costosos equipages, compró un número considerable de todo género de instrumentos de labor que regaló á sus vasallos. No se sirvieron en sus mesas aquellos platos exquisitos y costosos, aquellos manjares delicados que excitan la gula y alteran la salud de los convidados. La comida fue frugal, sencilla, y sobre todo abundante. Las puertas del Palacio estuvieron aquellos dias abiertas para todos. Los patios, las galerias, estaban llenas de grandes mesas donde se servia de comer á todo el que se presentaba.

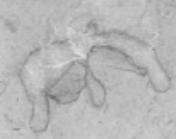
Un sin número de actos de be-
ne-

neficencia , señalaron aquel dichoso dia. Leandro era feliz , y queria que su felicidad se extendiese á todos. Perdonó á sus vasallos sus deudas. Socorrió los necesitados , á los infelices. Dotó á las doncellas , protegió los casamientos , dando tierras y bienes á los nuevos esposos , proporcionándoles los medios de que prosperase su industria. Sus pueblos se prometian una felicidad igual á la que habian disfrutado en tiempo de su padre.

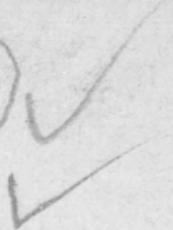
La vida de Leandro correspondió á tan buenos deseos , fue toda una cadena de beneficios. La pasó ocupado en llenar las importantes obligaciones de ciudadano y de padre de familias: como á tal dió á sus hijos la mejor educacion , fue el bienhechor de sus Pueblos. En esta vida quieta y retirada disfrutó mas felicidad, mas contento que en medio de los tumultuosos placeres de la Corte.



S. XVIII



8-5





1129615

